

DE MADRID AL INFIERNO

ELENA DE SUS



M30 - ACCESOS
VELOCIDAD
LIMITADA



ctxt
REVISTA CONTEXTO

**ILUSTRADO POR
VICKY DE SUS**

ctxt

CONTEXTO Y ACCIÓN

Todos los derechos reservados

© Revista Contexto, SL
Madrid, España

CTXT / www.ctxt.es



1. Carita de guiño

Fue al principio del verano. Yo por entonces estaba bien, o sea, no estaba mal. Llevaba un par de años trabajando en el bar y casi tres en el mismo piso. Andaba siempre cansada, pero tenía una cierta paz y orden. Madrid me gustaba, creo. No pensaba en volver a casa (a mi madre la habían parado por la calle para decirle que qué vergüenza de hija, que vaya cosas ponía en el Instagram) y tampoco pensaba en viajar. En general, no pensaba. Creo que ese era el truco. Ahora no puedo parar de pensar.

Había quedado con Adela en la plaza del Dos de Mayo. No me apetecía mucho, pero llevaba un tiempo diciéndome de quedar y no podía seguir ignorándola. La conocía de la facultad. Yo que sé, era buena gente. Un poco pesada. Por algún motivo, estaba convencida de que yo era una gran artista, una especie de genio (spoiler: NO) y me prestaba una atención claramente inmerecida.

Era de noche. Adela me escribió un WhatsApp para decir que ya llegaba. “Voy con amigos del curro”, añadió. Puse los ojos en blanco. Ella mandó otro WhatsApp: una carita de guiño. Dejé caer la cabeza sobre la palma de la mano izquierda.

Adela aún no había terminado la carrera. Estaba de prácticas en una galería, o algo así. De todo lo que me dijo, solo retuve que no le pagaban y que estaba muy contenta. Ese era el curro. A saber cómo serían los amigos. Me encendí un piti.

La verdad es que no esperaba nada de aquella noche, pero a Dios o al destino le encanta reírse de mí.

Llegaron como diez minutos más tarde. En ese tiempo, me terminé el piti y le di otro a un malabarista con acento extranjero, que me estuvo explicando cómo distinguir a un jipi de verdad, y por qué él mismo no lo era del todo.

– Un jipi de verdad no tiene trabajo, está siempre viajando y vive de la música, de hacer joyas, de hacer malabares, como yo. Pero un jipi de verdad respeta la naturaleza, y yo a veces cazo animales pequeños. Además, un jipi de verdad ama a todo el mundo, y yo...

Bueno, el resto mejor no lo pongo. Se ve que el tío procedía de Oriente Medio y tenía un pasado trágico.

– ¡Pau! ¿Qué tal, tía? ¡Cuánto tiempo!

– Adelita, nena, ¿qué pasa?

Me levanté y corrí a saludarla. Nos dimos un abrazo y dos besos.

– Mira, tía, te presento a Ariel, Víctor, Diana, Denise ...

Ella se fijó en mí desde el primer momento. Tenía los ojos grandes y verdes, y me miraba con un descaro que me dejó desconcertada. Aquello no era chulería. Era otra cosa. No lo entendía. Me daba vértigo. Me gustaba.

Se llamaba Denise. Me dijo que su madre era francesa. Que había estudiado Arquitectura. Que no sabía qué hacer con su vida, pero que le gustaría trabajar fuera de España, en Dinamarca y sitios así. Antes de todo eso, me dijo que Adela le había hablado mucho de mí, y yo le dije que era un poco exagerada, que aprobé Bellas Artes con cinco y seises y a veces vendía algún dibujillo por internet, pero vamos, que trabajaba en un bar.

– Mira, qué pereza toda esta mierda, mejor vamos a hablar de otra cosa– solté, con la sonrisa torcida y la mirada fija en el cigarrillo que se consumía.

Me miró y sonrió. Sorprendentemente, le pareció muy bien.

– Tienes razón, cambiemos de tema.

Le hablé del bar. Le dije que había un vodka que se llamaba Vox, que cada vez me lo pedían más y que ni puta gracia. Le hablé del cielo de Madrid. Me parecía bonito. A ella, un poco sobrevalorado. Me dijo que los atardeceres intensos tenían que ver con la concentración de polvo en suspensión, es decir, con la porquería.

Denise era guapa, era inteligente. Pero a mí la belleza y la inteligencia ya no me impresionaban. Quiero decir, me gustaban, pero había aprendido a no darles importancia. Yo estaba buena, ligaba fácil, muchas veces me llevaba a los listos y los guapos sin quitar el piloto automático. Engullía todo lo que la noche me ponía por delante, intentando que no me doliese nada cuando sonaba el despertador.

Si Denise hubiera tenido una sonrisa turbia, ácida, como la que se me había puesto a mí, o una de esas sonrisas mecánicas, como las de los curas y las *influencers*, creo que no habría pasado nada. El pelo claro, los ojos verdes, las tetas juntas y redondas, el culo, la piel suave, todos esos rasgos de belleza normativa me habrían dado enteramente igual.

Bueno, a ver, habríamos follado igualmente. Tendría el recuerdo agradable y difuso de un bar, unas risas, “Ven aquí, Paula”, perreo hasta abajo, risas, murmullos, Adela nerviosa, dándome codazos, “¿Os queréis venir a mi casa?”, un beso en el cuello, un vaso de whisky roto en el suelo de la cocina, la risa floja, la mano rápida, habría sido otra noche tonta, otra anécdota colgando por ahí.

Pero Denise tenía una sonrisa simétrica, fresca y limpia, como el agua de un arroyo (joder, perdón por esta horterada, es que no sé cómo decirlo. Escribo fatal, ¿vale?). Esas sonrisas, por algún motivo, me fascinaban. Era difícil encontrarlas en personas adultas. Me parecían un misterio. Uno que valía la pena.

Por esa sonrisa estoy aquí, escribiendo esta puta mierda en lugar de dormir. Por eso tú lo estás leyendo. Por eso ahora me quiero morir. Bueno, a ver, seguramente me querría morir en todo caso, pero no sé, sería de otra forma, estaría ya un poquito más muerta.

Mira, te cuento. Es todo muy absurdo. Sobre todo lo del nazi. Te vas a reír.



2. Rocanrol

El bar era conocido. Habían pasado cosas en él, antes de que yo naciera. A veces salía en la tele y quedaba bien decir que trabajaba ahí. Estuve cinco meses sin contrato, al parecer, por un error de la gestoría. Un día me enteré de que una de mis predecesoras había sido despedida tras quedarse embarazada y a todo el mundo le parecía muy normal (“En la vida no se puede tener todo, o eres madre o mantienes el trabajo, cada cual decide sus prioridades”). El sobrino de mi jefe, su ojito derecho, había ido a la manifestación de Colón. Debía de ser una de las cosas menos malas que había hecho. Mi jefe andaba metido en una campaña furibunda contra los lateros. A veces me preguntaba si había sido siempre así o había cambiado en algún momento, mi jefe. La música estaba muy bien.

Era un jueves, relativamente tranquilo. Se me resbaló un vaso y estuve a punto de liarla.

– Joder, te veo despistada últimamente, ¿eh?– me soltó Raúl.

Suspiré.

– Es que he conocido al amor de mi vida.

Él negó con la cabeza.

– ¿Otra vez? A ver cuándo te das cuenta de que el amor de tu vida soy yo...

Me reí en su cara, aunque a veces, cada vez más veces, me daba la impresión de que lo decía en serio. Borré ese pensamiento de mi cabeza.

Raúl era mi compañero de trabajo y llevábamos liados unos cuantos meses, tras la aparición espontánea de una tensión sexual de lo más estúpida y un breve periodo de tocarme pensando en él antes de dormir mientras las frases “es un gilipollas”, “es tu compañero de trabajo” y “va a salir mal y lo sabes” rebotaban por dentro de mi

cabeza hueca. Era mayor que yo, tenía brazos de gimnasio, un tatuaje tribal y se creía el más listo del barrio. No lo era. Yo dormía en su casa con relativa frecuencia, lo que unido a las ocho horas diarias que pasábamos mano a mano nos convertía en algo parecido a una pareja, pero en cutre.

– ¿Es tío o tía?

– Se llama Denise.

Raúl arrugó la nariz.

– ¿¡No será un transexual!?

– ¡Oye! ¿Y qué si lo fuera?

En ese momento una mujer tomó la magnífica decisión de pedir un *gin-tonic* y la conversación se quedó sin terminar.

Habían pasado como dos semanas desde que conocí a Denise. Hablábamos por WhatsApp de vez en cuando, pero solo de tonterías. Nos mandábamos memes turbios. Me encantan los memes turbios.

Adela me había dado más datos sobre ella que ella misma. Me había dicho, por ejemplo, que sus padres eran los dueños de la galería donde trabajaba. Me había hablado muy bien de la niña y creo que la llenaba de orgullo y satisfacción habernos juntado, o lo que fuera que había hecho. Tenía pájaros en la cabeza, Adela.

– Hola guapa, ¿me pones un chupito de Vox?

Los ojos de Denise, verdes como el trigo verde, me pillaron por sorpresa. Su presencia bajaba la media de edad del bar y lo acercaba al *glamour* alternativo que algunos le suponían. Pegué un bote, me recompuse rápido y pregunté:

– ¿Qué haces aquí?

– Estaba por aquí y se me ha ocurrido venir a verte. ¿Te parece mal?

Lo dijo demasiado bajito, pero la oí.

– ¿Eh? No, no... ¿Estás sola?

– Mis amigos están fuera.

Lo observó todo con gran interés e hizo un par de comentarios sobre el sitio. Luego me tocó el brazo. Llevaba las uñas azul marino y dos anillos plateados, que estaban fríos. Me dijo algo así como:

– El domingo por la tarde hay una fiesta en mi casa. Un amigo de mis padres presenta su última obra. No sé, había pensado que igual te apetecía venir. Se lo he dicho a Adela también.

Una fiesta. Su casa. Mola. No, no mola. ¿Mola? Raúl nos observaba por el rabillo del ojo.

– ¿El domingo? Oye, pues estaría bien, la verdad, pero no sé si puedo, tengo que mirarlo.

A saber por qué dije eso. Un grupo de clientes reclamaba mi atención y a mí me entraron prisas por dársela.

– Dame un momento, ¿vale? ¡Diles a tus colegas que vengan y os invito a algo! Eh, ¿o no?

– ¡Va, ahora les digo! Oye, ¡qué buena música! –de repente se le iluminaron los ojos– ¿no fue aquí donde...?

–Sí, sí, fue aquí– respondí, antes de marcharme a poner unos tercios.

Tardó poco el Raúl en preguntarme por “mi amiga”. Mi cara de boba le ayudó a sacar conclusiones y a partir de las mismas se le ocurrió una idea. Torció la sonrisa.

– Pues dile que se venga luego, ¿no?

– ¿Qué dices? ¿A dónde?

– Con nosotros, a casa.

Guiñó el ojo. Qué turbio. No era mala gente el Raúl, pero era un poco básico. Tenía que tener mucha paciencia con él. Le respondí algo tipo:

– Jajajaja. Tú flipas.

Entró la niña con sus colegas y se lo pasaron bien, estuvieron bailando y se tomaron una copa detrás de otra. Tanto Raúl como yo les invitamos a algún chupito, aprovechando que el jefe no estaba, pero ya te digo, fue una operación rentable. Eran bastante majos. Se sabían todas las canciones aunque la mayoría no fueran de nuestra época y bailaban bien el rocanrol, con estilo. Todos en el bar la miraban a ella, y ella me miraba a mí. Si alguien nos hubiera querido robar, esa noche habría sido perfecta. Estaba feliz y tranquila, pero la vida no me deja estar feliz y tranquila mucho rato, así que Denise se acercó riéndose y me dijo:

– Oye, me ha dicho tu amigo que me invita luego a su casa con vosotros.

Yo estaba pensando alguna respuesta elegante cuando añadió:

– Le he dicho que me parece bien.

Me quedé desconcertada. Denise aprovechó para atravesar mis ojos con el fuego valyrio de los suyos, le echó un vistazo a mi alma y le hizo gracia lo que vio. Le pedí que se acercara y, tras unos

momentos de duda, le hice un resumen de la situación. Sonrió despacio y dijo:

– ¿Y qué problema hay?

No me lo podía creer. No sabía si le gustaban los señores, pero había dado por hecho que no le gustaría nada este señor en particular. El hecho de que no fuese así me resultó muy ofensivo. No eran celos, me sentí decepcionada. No sé. Como si mi vida se estuviera convirtiendo en una especie de folletín malo escrito por un pajillero con poca imaginación. Suspiré.

Ahí terminamos, a las cinco de la mañana, en el pisito del Raúl. Yo estaba descojonada de la risa, porque me parecía absurdo todo. Encontré una botella de vodka violeta en una esquina de la cocina. El descubrimiento me desconcertó un poco, pero como me venía bien, opté por no pensar en ello. El sabor del Knebep dulzón y calentorro culminó mi abrupto retorno a la tontería adolescente.

Nos sentamos en los sofás del salón, que era muy pequeño, y estuvimos hablando, bebiendo y escuchando música. La conversación era extravagante pero agradable. Nos fumamos un porrillo. Se hizo tardísimo, bostecé. Estábamos a gusto, de tranquis. Pensé que igual no iba a pasar nada, y justo entonces, pasó todo.

Empezó ella. No habría podido ser de otra manera. Yo había decidido dejarme llevar por la noche y Raúl, aunque la idea hubiera sido suya, no se lo terminaba de creer. Pero cuando hicimos pop, ya no hubo stop.

Fue una tormenta y después vino la calma. La niña, que acababa de follarse con gran salero a mi follamigo en el sofá mientras yo bebía Knebep en bolas, vino a mí con movimientos de gato y me besó despacio y yo la rodeé con mis brazos mientras me decía que yo le flipaba y me lo creí, porque no sabía mentir. Luego cayó

suavemente sobre mí y empezó a darme besos, muchos besos, como si no quisiera dejarse ninguna parte de mí. Olía bien, a vainilla, incluso entonces, con las mejillas rojas y la sangre caliente. Yo, un poco más seca, un poco más negra, más sudada y más mala. Nos quisimos mucho ese último rato, lo hicimos bonito, mirándonos a los ojos, sonriendo. Raúl volvió del baño y él también sonrió y dijo “joder...”

Todo aquello me descolocó. Al día siguiente tenía una resaca del infierno, la cabeza llena de imágenes divertidas y muchas ganas de cavar un agujero para pasar allí el resto de mi vida. Quizás si la niña se hubiera estado quietecita esa noche, yo no me habría comportado como me comporté después, en su fiesta. O igual sí. No sé. Qué más da.



3. Como Mario Casas

No quería ir a la fiesta en casa de Denise. O sea, sí que quería. Me daba muchísima curiosidad y me hacía ilu. Pero, al mismo tiempo, estaba nerviosa. Dos fuerzas tiraban de mí en direcciones opuestas. No habían pasado ni tres días desde la última vez que nos habíamos visto, cuando vino al bar, y ahora iba a conocer a su familia. Increíble. El hecho de que también estuviese invitada Adela me tranquilizaba un poco.

Pasé un rato pensando qué ponerme, qué decir, cómo actuar. No quería hacer el ridículo. Hay muchas y variadas formas de hacer el ridículo. Por ejemplo, sé de una chica que se presentó en una barbacoa con una botella de Moet Chandon. Un colega mío llegó de traje a una entrevista de trabajo y le recibieron en chanclas. La vida es incierta en algunos aspectos.

La ventaja de los ambientes artísticos es que todo es más o menos defendible si le echas suficiente cara (no veas los triples que me tiraba yo en la carrera a la hora de explicar mis trabajos). Otra ventaja que tenía es que a mí en el fondo me la sudaba toda esa gente, no iba con la presión de “hacer contactos” pero bueno, no quería dejar mal a la Adela. Le pregunté cómo iba a ir ella y me respondió: “Ay no sé, tía, ¿cómo vas a ir tú?” Suspiré. Podríamos haberle preguntado a Denise pero no me apetecía. Estuve a punto de ponerme tacones altos. Menos mal que al final no lo hice. El despropósito habría sido aún mayor. Fui arreglada pero informal.

Quedamos Adela y yo para ir juntas, que era más práctico y daba menos corte. Me preguntó qué tal iba mi relación con la niña y yo le dije que bien, sin entrar en detalles. Le pregunté qué tal iban sus prácticas y respondió algo parecido. Decidimos llegar un poco tarde, no mucho, lo bastante para no ser las primeras.

Nos recibió una señora rubia que claramente era la madre de la niña. A Adela ya la conocía y yo, pues “una amiga de la carrera”. Me

incomodaba un poco decir que soy de Bellas Artes en medio de ese ambiente, sobre todo porque, como ya he dicho, vivía más tranquila tras renunciar a ello. Pero supongo que era mejor eso que decir “hola, conocí a tu hija hace nada y hemos chingado varias veces, borrachas, y no sé muy bien qué hago aquí”. La madre fue encantadora, era también guapa y luminosa, tenía un poco de acento francés y quedaba cuqui.

Avisó de nuestra presencia a la niña, que nos saludó efusivamente y nos preguntó si queríamos vino. Adela dijo que ella un refresco, si tenían. Claro que tenían. Yo que vale, que un poco de vino.

Había jamón y queso y canapés y bastante gente. Todo el mundo era pintor, o músico, o profesor o cosas de esas. La gente fue muy amable con nosotras, éramos la novedad, aunque no éramos las únicas que andábamos un poco despistadas por ahí.

Una señora alabó la decoración del piso:

– Me gusta la combinación del mobiliario clásico con elementos más contemporáneos, como este. Es muy original.

Me acerqué a Denise y le susurré al oído:

– Eso es la aspiradora, ¿verdad?

Me echó el brazo por la espalda y respondió, divertida:

– Sí, tía.

Ambas nos reímos discretamente.

La presentación era de una *performance* que estuvo bastante bien. Luego lo estuvimos comentando y todo de buen rollo. El padre se acercó a nosotras a ver qué nos había parecido. Era muy serio, pero

majo. La familia, hasta entonces, bien, pero en un momento dado, Denise hizo una advertencia:

– Mi hermano se pone un poco tonto cuando bebe, no le hagáis mucho caso.

Su hermano era un hombre alto, pálido, vestido de negro con un pendiente en la oreja y un bigotillo fino. Observamos que, efectivamente, se encontraba en estado de embriaguez, pero lo vi sentado, tranquilo, sin liarla ni nada.

Salí un momento a la terraza a fumar un piti. El hermano, que se llamaba Ulises o algo así, también estaba ahí, mirando al cielo rosa de la tarde. Me preguntó:

– ¿Tú eres amiga de mi hermana?

– Sí.

– Estáis follando, ¿no?

Levanté las cejas.

– ¿Eso a ti qué te importa?

– Nah, no te preocupes. A mi hermana siempre le ha encantado eso.

– ¿El qué?

– El fornicio. Y el helado de dulce de leche, eso también. Yo me río mucho con ella. Mi hermanita, jaja... con esa cara de buena que tiene... pues engaña, ya sabes, porque en realidad es una viciosa. A un amigo mío lo tiene acojonado. Y con los años se va volviendo más original... De hecho, si juntásemos en una misma sala a todas las personas que...

Le interrumpí.

– ¿Te parece normal hablar así de tu hermana?

Sonrió despacio.

– No la estoy insultando, mujer. Es una descripción. Igual si estuviera diciendo esto de un hombre no te parecería insultante.

– Es una falta de respeto, sobre todo si lo haces delante de...

– ¿De quién?

– Da igual.

– La verdad es que me lo he imaginado porque últimamente le gustan así, como tú. Es la moda, supongo. Seguro que ligas más ahora, ¿no? Tienes el rollito...

Le miré con un profundo desprecio, pero siguió a lo suyo.

– ¿Has conocido a Jerzyk?

– ¿Quién es ese?

– El chico rubio. El novio de José Ángel. Es polaco. Se llevan treinta años. Estas fiestas de mis padres son así. Todo plástico. Si bebes, es un poco más llevadero.

Se quedó en silencio y luego se empezó a reír solo. Entonces me miró a los ojos y me dijo:

– Yo creo que la próxima será una negra. Una negra brasileña o algo así. Eso es más *cool* todavía, ¿eh?

Tenía tantas ganas de partirle la cara a ese chaval que estaba a punto de reventar. No lo hice por respeto a su hermana, irónicamente. Le dije:

– Mira, niño, eres un puto gilipollas de mierda. Y no te ofendas, esto también es una descripción.

Dicho esto, salí de la terraza. Entonces me di cuenta de que me encontraba un poco mal, me mareaba, estaba muy tensa. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, y me avergoncé de que me estuviera sucediendo por este motivo. De todos modos, tenía que irme de ahí. Intenté hacer una bomba de humo, pero la niña debió de verme, o alguien se lo dijo, porque vino detrás y en cuanto salí a la calle escuché su voz a mis espaldas.

– Paula, ¿estás bien?

– Sí –respondí– De puta madre.

Pero era obvio que no estaba bien.

– Tía, ¿qué ha pasado? Puedes contármelo, de verdad, no pasa nada.

– Déjame respirar un poco, por favor.

Por suerte, una voz en mi interior susurró: “Levanta la cabeza, princesa, que se te cae la corona”. Al rato, me empecé a encontrar mejor. La cosa no llegó a mayores. Me di cuenta de que ahí delante había aparcada una moto bastante guapa y, por algún motivo, me retrotraje a los momentos más oscuros de mi pasado. Tuve una intuición y una idea, si es que se le puede llamar así.

– Oye, Denise, ¿de quién es esa moto?

– De mi hermano, ¿por?

Sonreí.

– ¿Paula? ¿Qué estás pensando?

No respondí. Estaba pensando: “¿Querías caldo? Pues toma tres tazas”.

Lo que pasó a continuación no lo voy a poner porque esto lo puede acabar leyendo cualquiera y no quiero dar ideas a la gente mala. Que igual tú, en particular, eres muy buena persona, no lo dudo, pero seamos sinceros, esta es la típica historia que les gusta leer a los gilipollas para después comentarla con el resto de gilipollas, así que el riesgo es alto. Dicho esto, pasemos a la siguiente escena.

Estoy subida en la moto, he conseguido arrancarla. La niña está flipando. La miro de medio lado y le digo:

– ¿Te vienes?

– ¿A dónde?

– A un sitio muy bonito, te va a encantar.

No me escucha, no me mira a la cara, comenta:

– ¡Eres demasiado pequeña para llevar esa moto!

– ¡No te preocupes! –le respondo– Eso me lleva pasando toda la vida. Tú sube, ya verás que bien.

– ¡Tía, pero qué dices! ¡Te vas a matar!

Me parto de risa.

– ¡No te creas, no es tan fácil!

La niña iba subiendo el volumen de sus comentarios mientras yo aparentaba una calma absurda, como si me hubiera metido algo. No voy a mentir, lo estaba disfrutando. Se puso seria.

– Paula, joder, esto no me hace ni puta gracia.

– Mira, –le dije– voy a contar hasta diez. Cuando llegue a diez arranco. No vengas si no quieres. Puedes volver y contarle a tu hermano lo que ha pasado. Lo que veas.

Empecé a contar en voz alta. Uno, dos, tres... La niña se acercó despacio, intentando ocultar una sonrisa, mientras decía:

– Paula, de verdad, me cago en tus putos muertos.

Hay gente que anda loca buscando la felicidad, un estado de felicidad más o menos constante, que se alcanzaría a través de cosas como el yoga, la meditación, la fe en uno mismo, vivir sin asumir responsabilidades, dejar de hablar a las “personas tóxicas”. Creo que esa felicidad no existe, o al menos, yo no me la imagino.

La felicidad que yo he conocido es fugaz. No sé. Un gol importante de tu equipo. Un 5,0 en un examen que dabas por perdido. El sabor de tu pizza favorita. Una declaración de amor. Tú y tus amigos borrachos, saltando y berreando cuando suena la *Fiesta pagana*. Un abrazo de tu madre. Cosas así. Segundos, minutos, a veces horas. Pequeñas treguas, victorias aún más pequeñas.

Mientras la moto cogía velocidad entre las luces del atardecer, con el aire azotándome la cara y la niña más guapa de Madrid aferrada a mí con todas sus fuerzas, pues mira, fui feliz.

Sin casco, sin cerebro, a tres metros sobre el cielo.



4. El país de las maravillas

“Me hiciste pasar miedo”, me diría Denise más adelante. “Parecía que podía pasar cualquier cosa. Llegué a dudar de si sabías conducir. Pero bueno, al final estuvo bien”.

Nada más aparcar la moto, antes incluso de bajarnos, nos echamos a reír. Como si nos hubiéramos metido algo. No dijimos nada, solo nos partimos de risa y luego la niña me agarró por debajo de la camiseta y me dio besitos en el cuello y por detrás de la oreja y después se bajó y me miró con cierta admiración, o eso me pareció, antes de acariciarme el rostro y darnos un beso en los labios, estando yo aún sobre mi noble montura. Tras descabalar, seguimos liándonos un rato, sin hablar, y me pegué a ella y le mordí suavemente el cuello y cuando mi mano se deslizaba hacia su entrepierna, se apartó con delicadeza y miró alrededor. Luego, entre risas, dijo:

– Paula, estás puto loca. ¿Qué hacemos en un descampado?

Me encogí de hombros.

– Ya sabes, aquí no hay playa.

Caía la noche, una noche cálida de verano. Estábamos solas, en medio de nada, pero al amparo de la ciudad, vigiladas por las cuatro torres de Sauron. Incluso se veían algunas estrellas.

Denise sacó el móvil.

– ¿Qué haces? –pregunté.

– Tía, voy a llamar a Hermes.

Levanté las cejas.

– ¿Para decirle que le hemos robado la moto?

– Claro, jo, para que no se preocupe.

Me imaginé esa conversación: “No te preocupes, Hermes, la moto te la ha robado mi amiga la choni y nos la hemos llevado a un descampado jaja”. “Ah, vale, jaja, perfecto, gracias”.

– Bah, ni te rayes. Ese tío no estará para conducir hasta mañana por lo menos –hice una pausa dramática y añadí–: Para entonces ya nos habremos deshecho de ella.

Me miró de forma dubitativa. Sonreí.

– Nah, ya se la devolveremos. Pero ponle un WhatsApp mejor y que lo vaya asimilando.

Eso hizo, no sin antes comentar, de buen rollo, lo absurda que le parecía esta situación. Me preguntó que qué me había pasado con su hermano. Dije que no quería hablar de ello. Me dijo que en el fondo él era muy buena persona, una frase que, desde que soy adulta, me entra por una oreja y me sale por la otra.

Subimos a un alto del terreno, sin perder de vista la moto, por si acaso, y nos sentamos ahí. No teníamos maría. Una pena, la verdad. Saqué un par de pitis.

– Paula, ¿te puedo decir una cosa? –preguntó la niña, con un brillo en los ojos, tras dar la primera calada al suyo.

– Venga, dime.

– Tiene razón Adela, aunque tú digas que no. Las ilustraciones que tienes en Instagram son brutales. Y no sólo eso, eres una tía especial. No sé, tienes algo.

– Sí. Ansiedad o algo similar, creo yo –respondí.

– Jajaja, joder, no me refiero a eso.

Se volvió hacia mí, me clavó la mirada y continuó:

– Es que me flipas, tía. Me gustas mucho.

Esas palabras, en ese momento, me impresionaron, claro que sí, pero intenté que no se notase. Sonreí y dije:

– Joder, niña, qué cosas me dices.

Y después le di un beso.

Me dijo que le gustaba cómo hacía las manos en mis dibujitos. Es uno de los mayores halagos que puede recibir un dibujante, y ella lo sabía.

Mientras me comentaba esto, me quité la camiseta.

– Es que hace calor, ¿no?

Hacía calor. Me preguntó si nunca había pensado tomarme esas cosas más en serio y yo le dije que sí, que me gustaría encontrar trabajo de ilustración, o diseño, o algo, pero que andaba siempre cansada.

Me preguntó si pensaba seguir en el bar mucho tiempo. Se echó sobre mi regazo.

Le conté que empecé para pagar el alquiler y eso. Que al principio iba los fines solo, porque estaba estudiando. Que busqué alguna otra cosa, prácticas o algo así, pero casi siempre eran gratis o por poco dinero –y la verdad, no valía la pena. Después terminé la carrera y necesitaba aún más pasta, porque no quería que mis padres me hicieran volver.

La niña escuchaba con mucha atención mi tremenda chapa, mientras yo le revolvía el pelo.

En el bar estaba a gusto, aunque la noche desgasta, y el fascismo también. Veía a mis compañeros de trabajo y pensaba que yo no sería como ellos, pero este pensamiento me resultaba arrogante y estúpido, así que intentaba evitarlo. Me pasaba con el Raúl, por ejemplo. El Raúl me gustaba, pero ni siquiera me caía bien del todo, y a veces lo veía con desprecio y luego me sentía muy mal.

Conforme lo contaba, fui consciente de cómo pasa la vida sin que te des cuenta. Me refiero a que el bar, el Raúl, el piso cochambroso que compartía... En mi mente todo aquello era provisional, una fase, pero en realidad no había ningún motivo para pensar que fuese a acabarse, y yo tampoco hacía nada por acabar con ello. Surgió ese pensamiento que había evitado durante mucho tiempo, pero curiosamente, no me agobió.

Denise me dijo que lo entendía, que ella también se planteaba esas cosas. Dijo que la vida era muy aburrida, muy previsible y yo estaba de acuerdo. Que a veces no imaginaba ningún futuro claro y se agobiaba. Me contó ella también sus movidas, con los colegas, con sus padres y yo la escuché con atención.

Esa noche, a la luz de los móviles, hablamos de muchas cosas. Imaginamos vidas posibles fuera de Madrid, en algún sitio menos duro, en el país de las maravillas. Las últimas defensas que con tanto esfuerzo me había construido cayeron, y la estupidez desfiló triunfante por mi corazón.

– Oye –le dije– la verdad es que tú también me gustas mucho.

– ¿En serio?

– Muchísimo, tú, una putada.

Me dedicó una de sus sonrisas divinas.

– Bueno, eso está bien.

Después me desabrochó el sujetador con una mano y dijo:

– Esto sobra.

Luego se incorporó un poco y empezó a comerme las tetas.

Esa noche se encendió algo en mí, algo que todavía está encendido y, como no sé apagarlo, escribo.



5. Superpoderes

No me picó una araña radioactiva, ni me inyectaron un suero experimental del ejército, ni me sometí a los rayos gamma, pero desarrollé superpoderes. Durante un tiempo, al final de aquel verano, era invencible. Lo vio todo el mundo, lo vieron mis amigos, “no sé qué te da la rubia”, me decían y yo que qué pesados, que qué tendrá que ver.

Empecé a sacar tiempo de donde no lo había. Dibujaba muchísimo, no sólo por afán de mejora, sino porque las imágenes se apelotonaban en mi cabeza como los pasajeros de la línea 4 en hora punta. Me presenté a varios concursos, sin grandes esperanzas pero con ganas de probarme. Busqué másteres en Google, incluso másteres en el extranjero. Hablé con excompañeros de la facultad. Pensaba cada vez más en serio en la opción de dejar el bar. Aún no había tomado la decisión, pero lo que hacía apenas dos meses era inconcebible, me parecía cada vez más lógico. Estaba quemada. Buscaría otro trabajo más relajado, de fin de semana, o de menos horas, en otro sitio, con otra gente, mientras probaba suerte de lo mío. Tenía experiencia, no sería complicado.

La niña y yo nos veíamos cada vez más. Conocía a mis compañeros de piso, y yo a sus padres, aunque me daba bastante corte estar con ellos. Salíamos de fiesta juntas y hubo días que la liamos muchísimo. Madrid estaba de nuestra parte. Fuimos princesas de Chueca, reinas de Lavapiés.

Esa noche, Denise me había dicho que se pasaría por mi bar. Pero antes que ella, llegó el gilipollas del sobrino de mi jefe, el facha, con dos amigos. Maldita mi suerte. Lo primero que hizo fue preguntar por él.

– Ha ido a darse una vuelta, hay poco que hacer aquí hoy
–respondí–: ¿Os pongo algo?

Pidieron unas copas. Uno de los amigos me pasó el escáner descaradamente. Luego empezaron a hablar de sus putas mierdas. El amigo de la mirada láser quiso hacerme partícipe de la conversación. En circunstancias normales, me las habría apañado para vacilar de forma más o menos amable, pero desde que tenía superpoderes no pensaba pasarles ni una. La verdad es que no le dieron demasiada importancia.

– ¿Qué te pasa, Paula? Estás muy sosa hoy, necesitas animarte –me dijo el sobrino de mi jefe–. Tómate una con nosotros, va.

– Estoy trabajando –respondí.

– Joder, esta tiene la regla...

Puse los ojos en blanco. No me podía creer que fueran tan niñatos. Mientras esto sucedía, entró al bar una pareja, dos chicos, creo que eran italianos. Debían estar de vacaciones, porque era la época y se les veía muy felices. Se sacaron fotos con un póster de la pared, bien bonicos ellos. Como era de esperar, mis “amigos” les miraron con cara de asco. A continuación empezaron una profunda disertación sobre la decadencia de los valores de Occidente y la consiguiente invasión islámica que, como comprenderéis, no voy a reproducir aquí.

– Si tan incómodos estáis, creo que deberíais iros –comenté. Y a continuación les señalé el importe de sus consumiciones.

El comentario les sentó como una patada en los cojones, especialmente al Jaime, el sobrino de mi jefe, que dijo que él se iría cuando le saliera de los ídem, y que quién me había creído yo que era, que no tenía ningún derecho a echar a nadie y que esto era una democracia y tenía que respetar todas las opiniones, aunque me jodiera, todo ello salpicado de insultos. El Raúl se acercó al ver que

había tensión y me dijo que me calmara, que ya sabía cómo era el Jaime, me susurró que era el sobrino del jefe, que lo dejara estar.

– Por mí como si es el rey de España, en este bar hay que tener respeto –contesté.

Y el Raúl, con todos sus santos cojones me respondió:

– Paula, va, no seas cría...

Entonces me calenté:

– Ah, ¿que ser cría es llamarle la atención a un puto homófobo y machista de mierda que nos la lía cada vez que viene? Raúl, joder, de verdad...

A partir de ahí, todo sucedió muy rápido. Recuerdo que estaba sonando Duncan Dhu. “*Hoy podrás beber y lamentar...*” El Jaime se rebotó y me miró con hielo en los ojos, se encaramó a la barra y me dijo:

– Pero tú de qué coño vas, niñata de mierda...

“... *que ya no volverán sus alas a volar...*” Yo tenía bien agarrado el cuello de una botella de tercio por debajo de la barra, con la firme intención de rompérselo en la cara, cuando una voz surgida de la nada dijo:

– Ostia, Jaime, ¿eres tú?

“*Cien gaviotas, ¿dónde irán?*” El oportuno espontáneo le había puesto una mano en el hombro a mi querido amigo, que se giró desconcertado y rabioso, pero le cambió la cara mientras decía:

– No jodas, ¡cuánto tiempo!

– Ya ves, igual hace años, eh...

Ambos entablaron una conversación cordial y el tema de agredirme físicamente quedó suspendido, por el momento. Yo le habría metido el botellazo igualmente, si no fuera porque reconocí al recién llegado y a su loca acompañante. Solté la botella, lo dejé en su sitio y, mientras los dos idiotas hablaban, agarré a la chica del brazo y le dije:

– Denise, ¿qué cojones...?

– ¿Qué pasa, tía? ¿Te molesta que haya venido mi hermano?
–preguntó– Estábamos en un evento con amigos por aquí cerca y dijo que le apetecía hablar contigo. De buenas, ¿eh? Le caes bien, no está cabreado.

No me lo podía creer. Me aseguré de que la situación estaba tranquila y de que el Jaime y sus amigos estaban distraídos hablando con el Hermes y dije:

– Mira, voy a salir un momento a fumar, acompáñame y lo hablamos.

Avisé al Raúl de que salía y le dije que más le valía que no pasase nada raro. Insistí en ello con muy mala hostia. Le di un beso a la niña y salí de la mano con ella. Me encendí el piti, le ofrecí uno a Denise, que lo rechazó y le dije:

– Explícame lo que acaba de pasar porque estoy flipando.

– ¿El qué?

– ¿Cómo que el qué? ¿No te has dado cuenta...? –suspiré–. Bueno, da igual, ¿de qué conocéis al Jaime?

– Ah, bueno, ese chico coincidió en el colegio con mi hermano un par de años. No eran amigos ni nada... pero eso, ahí se conocían todos. Ahora está en una consultora, ¿no?

Forcé una risilla cínica. Mandaba cojones. Yo podía ser Spider-Man, pero Denise era el puto Tony Stark. Abrió la boca para decir algo más, así que le advertí:

– Es un facha de la hostia. Y hoy no me ha pegado de milagro. Como digas que en realidad es muy buena persona, te reviento.

La niña no supo qué cara poner, lo cual me resultó muy cuqui.

– No, no, tranqui, no pensaba decir eso. Nunca me ha caído especialmente bien. Y a mi hermano tampoco, en realidad –respondió, y tras una breve reflexión añadió– Pero tú revientame. Seguro que me lo merezco...

Eché el humo dramáticamente, la miré y torcí la sonrisa:

– Joder, ya te digo...



6. Hacer el mal

Hace años, en el instituto, nos mandaron leer *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe. Una mierda, la verdad, no lo recomiendo. Me he acordado porque había un pasaje en el que Werther, en plena bajona, lamentaba el mal que estaba causando por el simple hecho de pasear por el monte. Se refería a la muerte y destrucción en el mundo de los insectos.

Le encantaba el drama a ese señor, pero lo cierto es que esa idea me preocupa, o sea, no el hecho particular de chafar hormigas, que ya ves tú, sino la fatalidad de tener que ir por la vida haciendo daño, lo quieras o no, porque hay mil mierdas por ahí que no controlas. Y que te lo hagan a ti y tener que asumir el mal como una especie de accidente, mala suerte, enfadarte sabiendo que no tienes motivos para enfadarte. El entender que quizá no es culpa de nadie, que la vida es una mierda y ya está. No sé si me explico. Qué se le va a hacer, a mí también me gusta el drama. No soy creyente, pero bueno, mi familia sí, y pienso en estas cosas aunque no lo parezca.

Perdón por la chapa, eh. Es tarde, llevo horas escribiendo. Me da igual todo ya. No estoy muy despierta. Tampoco muy dormida. He cenado un McFlurry y media lata de *pringles* y tal vez desayune la otra media. No puedes pedirme más.

¿Qué debería contar ahora? Pues no sé, hay recuerdos bonitos. A medida que pasa el tiempo, se van volviendo inverosímiles, como un sueño o una película. Se hacen, por lo tanto, más bonitos. Lo feo, poco a poco, se olvida, por mucho que te esfuerces en meterlo en el relato.

Me acuerdo, por ejemplo, de cuando la niña y yo cogimos un taxi a ninguna parte. Queríamos ir a casa de un amigo que vivía cerca de Gran Vía, en Fuencarral. Eran las mil y nos pasamos todo el viaje hablando de unos chavales que habían pasado de nosotras y la niña, que iba un poco puesta, la verdad (tenía una relación más informal

que la mía con la droga, pero la tenía), se puso demasiado cariñosa y total que me hizo correrme en el taxi. Qué bochorno. Y al salir vimos que estábamos en metro Fuencarral, no en calle Fuencarral y nos dio la risa tonta.

Me acuerdo de la primera vez que conseguí pintar su sonrisa. Me sentí orgullosa, como si hubiera capturado un pokemon legendario. Le regalé ese retrato y le hice una dedicatoria, que no voy a decir cuál era porque me da vergüenza. ¿Y te he contado que la niña tocaba la guitarra? Pues sí, tú, tocaba la guitarra, razonablemente bien además. Una vez llevamos la guitarra a la Dosde y reunimos a la gente a nuestro alrededor, tocamos Fito y Estopa y luego yo improvisé letras de mierda y estuvo gracioso, hacíamos buen equipo.

O la tarde que fuimos a una fiesta de unos amigos suyos, que tenían una casa con piscina y una mesa de DJ afuera, tremendo postureo. Empezó a llegar un montón de gente, no a lo *Project X* pero casi. Me lo pasé súper bien ese día. Había una chavala que no me caía muy bien y me tocó un poco los ovarios, llevaba un rosario al cuello, así que le conté las cosas más locas que se me ocurrieron, como que con once años les cobraba a los gitanos por chupársela y que una tía mía metió un bebé en el microondas. Me escuchó con extrema atención. Luego, para rematar el relato, me entraron ganas de agarrarle el culo, pero no lo hice porque, en el fondo, soy una persona decente.

Fue mi mejor verano en mucho tiempo, la verdad, me reí mucho. Madrid es un concepto que se escurre entre los dedos, no creas que yo no lo sabía, pero me confié, creí que lo tenía bien sujeto esta vez.

Una tarde quedé a tomar unas cañas con mis amigos de la facultad (“estás desaparecida, Pauli”) y, como siempre, nos contamos nuestras desgracias. A ninguno de nosotros nos había ido nunca

especialmente bien, por algo nos habíamos hecho amigos. Dios los cría y tal, y cual.

Alba me contó cómo había perdido su último trabajo decente como fotógrafa. Estaba cubriendo una baja por embarazo, concretamente, de la mujer de su jefe. A los pocos meses, este le confesó que se había enamorado perdidamente de ella. Ella le respondió que si se le había ido la pinza, y lo tuvo que dejar. Carlos había empezado a trabajar en la cafetería del Corte Inglés y nos habló de ciertos clientes habituales que disfrutaban pidiendo cada día un mismo plato y devolviéndolo sistemáticamente porque no estaba a su gusto, o tirando cosas al suelo a propósito para que él las tuviera que recoger, porque la seña de identidad de la empresa era el impecable servicio. A Lucía la habían echado del piso en el que estaba subarrendada por un motivo estúpido. Marcos volvía a su casa porque no aguantaba más, y Bea se quedaba sola.

Yo, sin embargo, no tenía ningún drama que contar, más bien al contrario, todo eran risas. Me di cuenta de lo raro que era eso y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí profundamente intranquila. Hice lo posible por desterrar ese sentimiento, que había surgido de la nada y no tenía sentido (“no seas gilipollas, Paula, no la lées esta vez”, me dije “te va bien, de verdad, disfruta de la vida”). Con ese espíritu de Mr. Wonderful, tan impropio de mí, pasé una semana o dos. Hasta que llegó una tarde como otra cualquiera, empezaba a refrescar, pero aún se estaba a gusto por la calle. Denise y yo, sentadas en el parque, entre niños, niñeras y guiris de espaldas chamuscadas, escuchábamos música y nos comíamos una pizza. No recuerdo de qué estábamos hablando, vete a saber, de cualquier chorrada, el caso es que de repente, sin dramatismo ninguno, me dijo: “Tía, ¿sabes qué?” Así, como el que te cuenta que se ha comprado una camiseta de rebajas. “Tía, ¿sabes qué?” Y entonces lo soltó.



7. Patinete solitario

Pues eso, que estábamos pasando la tarde en el parque y de repente Denise me dijo:

–Tía, ¿sabes qué?

Y le respondí:

–¿Qué?

Y, tan feliz, me soltó:

–Me han cogido de prácticas en el sitio que te dije, en Copenhague. Empiezo en octubre.

Permanecí callada dos segundos, o quizás dos horas. Me rasqué el cogote. Me fijé en una cotorra verde que caminaba por la hierba. Luego miré de nuevo a Denise y le pregunté:

–¿Hemos hablado de eso alguna vez?

Ella se incorporó y me miró, algo desconcertada. Me puso la mano cerca de la rodilla.

–Sí, tía, varias veces... El día que robamos la moto, ¿no te acuerdas?– sonrió y me acarició la cara – Entonces lo comentamos, cuando hablábamos de irnos de Madrid...

Escupí una carcajada.

–¿En serio? –hablé rápido y fuerte– Pues qué va, tú, se me había olvidado –suspiré. –Si es que estoy vieja ya...

La niña se asomó a mis ojos y se dio cuenta de que algo no iba bien, así que estiré las puntas de mis labios para dibujar una sonrisa cutre.

–Me alegro, tía –le dije, mientras le acariciaba el pelo. –Me alegro mucho –le di un besito en la frente. –Qué guay.

Nos abrazamos. Atardecía. El cielo de Madrid estaba precioso, en mi opinión.

–¿Y cuánto tiempo estarás?

–Pues en principio seis meses, pero a ver...

–Ya. ¿Te querrías quedar allí?

–No lo sé, ya veremos.

Se hizo un silencio.

–Oye pues a ver si me invitas, eh...

–Sí, claro, vente cuando quieras.

Seis meses no era tantísimo y Copenhague no estaba tan lejos, pero me di cuenta de que eso era un final. Nunca llegamos a romper. O sea, habría sido raro. Seguimos viéndonos hasta que se fue y, de hecho, pasamos la última noche juntas. Pero la realidad es que, a partir de entonces, la relación terminó. Bueno, no. No sé. Seguíamos hablando, al principio con relativa frecuencia, luego cada vez menos. Los primeros meses me dijo de ir a verla un par de veces, últimamente, ya no. Aún me sale la primera en las *stories* de Instagram. Ayer subió cosas de montañas y lagos, creo que está de excursión o algo. Todos los daneses de sus fotos son muy guapos.

Mi vida siguió su deriva con relativa normalidad. Algunas cosas cambiaron de forma irreversible, otras, pues más o menos. Un día, cerrando el bar, cuando el Raúl echó la persiana, le toqué el culo. Hacía como dos meses que no dormíamos juntos. Me miró inquisitivamente.

–¿Ya me echas de menos, o qué?

–No –respondí.

Y le di un beso en los labios, que se alargó.

–¿Quieres venir a casa esta noche? –preguntó.

–No –respondí.

Levantó las cejas.

–¿Vamos a la tuya?

Le cogí la mano y eché la mirada hacia el callejón.

–Mira, por ahí detrás no va a pasar nadie.

Torció la sonrisa.

–Joder, Paula...

Me pegué a él y puse carita de buena.

–¿Quieres o no?

Y sí que quiso.

No duré mucho más tiempo en el bar. Entre unas cosas y otras, como te puedes imaginar, aquello no daba más de sí. Ahora estoy en otro sitio. Gano lo justo, pero tengo más tiempo para ver series, hacer el gilipollas en Tinder, llorar, emborracharme y escribir estas mierdas. Espero, más pronto que tarde, invertir ese tiempo en otras cosas, pero no lo sé. Me las apaño, como siempre he hecho, para fingir que todo va bien.

Pero ayer, por la tarde, estaba tomando algo con un par de amigos, en la terraza del montaditos, llena de gente, y de repente me dio

como un ataque de algo, me empecé a encontrar mal, había una cosa que me pellizcaba.

Dije que estaba cansada, pero no estaba cansada. Dije que me iba a mi casa, pero no me fui a mi casa. Tragué saliva. Cogí un patinete eléctrico y aceleré todo lo que pude, que tampoco es mucho, y me colé entre los coches que esperaban en los semáforos por las calles anchas; cogí un par de curvas sin mirar demasiado y así llegué hasta la zona del templo de Debod. Aparqué el patinete y me senté en un banco de cara al mirador.

Aquello estaba lleno de turistas, como siempre, pero se fueron marchando a medida que caía la noche. Yo permanecí ahí, fumando, mirando al infinito, como un zombi. Dispersas por la explanada, quedaron un par de parejitas adolescentes y tres señoras que hablaban de apuntarse al gimnasio. Estaba prácticamente sola. Respiré hondo. Me lié un porro mientras observaba las luces de la ciudad, atontada como una polilla.

Y me quedé pensando en ella y sentí algo raro, nostalgia supongo, y fue triste y agradable al mismo tiempo. Me pregunté qué estaría haciendo ella en ese momento. Si echaba de menos Madrid, si pasaba frío por ahí, si volvería, y si al volver seguiría igual o no. Si pensaba en mí en ocasiones inoportunas, como a mí me pasaba. Me empecé a reír. Me quedé atascada en un bucle de risa.

Abrí el insta y miré su perfil. Abrí chat. Mi último mensaje era de hacía un mes. Escribí “hola”. Lo borré. Luego lo volví a escribir. Luego lo borré. Me hice un *selfi*. Qué horror, estaba feísima. “Hola”. Enviar. Cerrar Instagram.

En fin, voy a descansar un poco, que ya se me caen los párpados. Llevo demasiado tiempo escribiendo. Son las cinco y media. Joder, qué tarde. Creo que debería irme a dor5fgsbvy66urzw



FIN